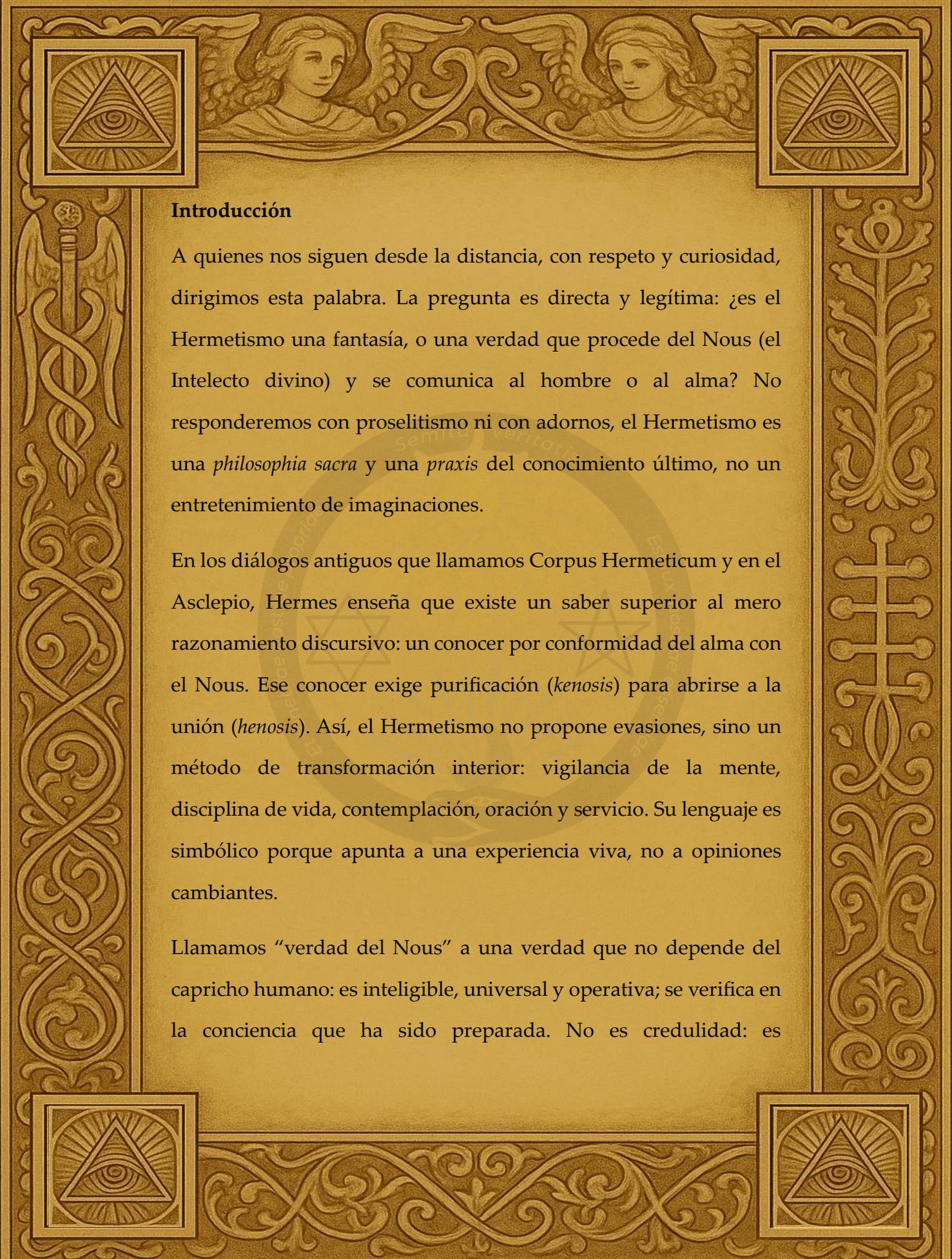


CARTA HERMÉTICA
A LOS
ASPIRANTES DE
LA LUZ





Introducción

A quienes nos siguen desde la distancia, con respeto y curiosidad, dirigimos esta palabra. La pregunta es directa y legítima: ¿es el Hermetismo una fantasía, o una verdad que procede del Nous (el Intelecto divino) y se comunica al hombre o al alma? No responderemos con proselitismo ni con adornos, el Hermetismo es una *philosophia sacra* y una *praxis* del conocimiento último, no un entretenimiento de imaginaciones.

En los diálogos antiguos que llamamos Corpus Hermeticum y en el Asclepio, Hermes enseña que existe un saber superior al mero razonamiento discursivo: un conocer por conformidad del alma con el Nous. Ese conocer exige purificación (*kenosis*) para abrirse a la unión (*henosis*). Así, el Hermetismo no propone evasiones, sino un método de transformación interior: vigilancia de la mente, disciplina de vida, contemplación, oración y servicio. Su lenguaje es simbólico porque apunta a una experiencia viva, no a opiniones cambiantes.

Llamamos “verdad del Nous” a una verdad que no depende del capricho humano: es inteligible, universal y operativa; se verifica en la conciencia que ha sido preparada. No es credulidad: es

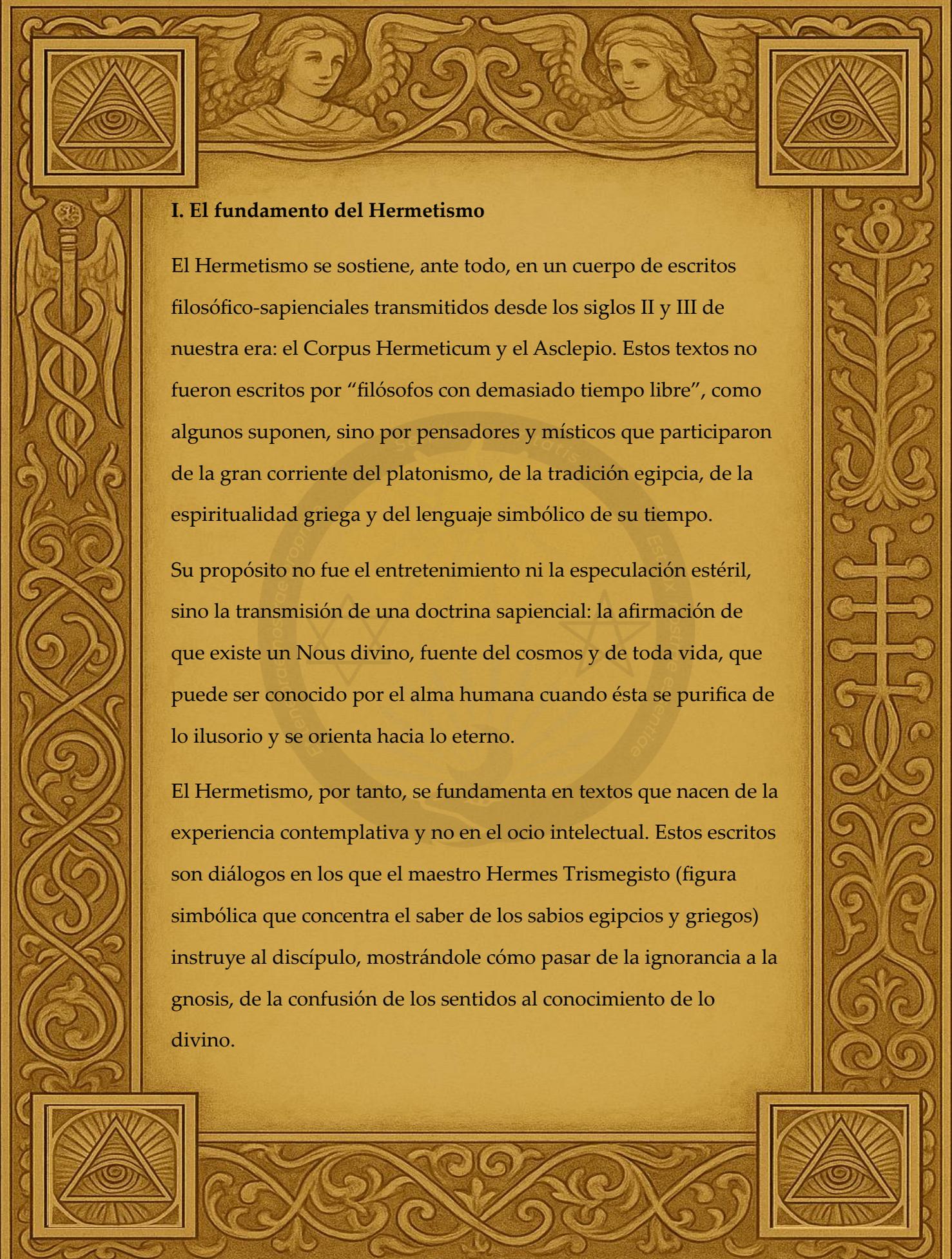


experiencia inteligible. Por eso los textos herméticos adoptan forma de diálogo, himno y exhortación: no buscan deslumbrar, sino conducir a una *metanoia* (un giro del entendimiento) que haga posible la iluminación interior.

Esta carta nace para quienes preguntan con seriedad si el Hermetismo está sostenido por algo real o por fantasías de “filósofos ociosos”. Nuestra respuesta, que iremos desplegando, mostrará que el Hermetismo se sostiene en una tradición sapiencial probada por siglos, articulada en principios, vía y práctica. No pretende suplantar otras sendas; ofrece su propia doctrina viva y su método de realización al servicio del alma.

En lo que sigue, abordaremos con claridad: qué sustenta al Hermetismo; en qué radica su enseñanza y su objetivo; por qué sus textos velan la verdad; ¿A quién se dirigen al hombre exterior o al alma?; qué diferencia al *Corpus Hermeticum* de la Biblia; si el Hermetismo tiene doctrina; por qué la práctica en una Orden iniciática puede ser necesaria; si es posible la *henosis* fuera de toda organización y en qué ayuda, hoy, este saber oculto. Te invitamos a leer con ánimo sereno, a suspender la prisa y a conceder un espacio al silencio; allí comienza a hablar el Nous.



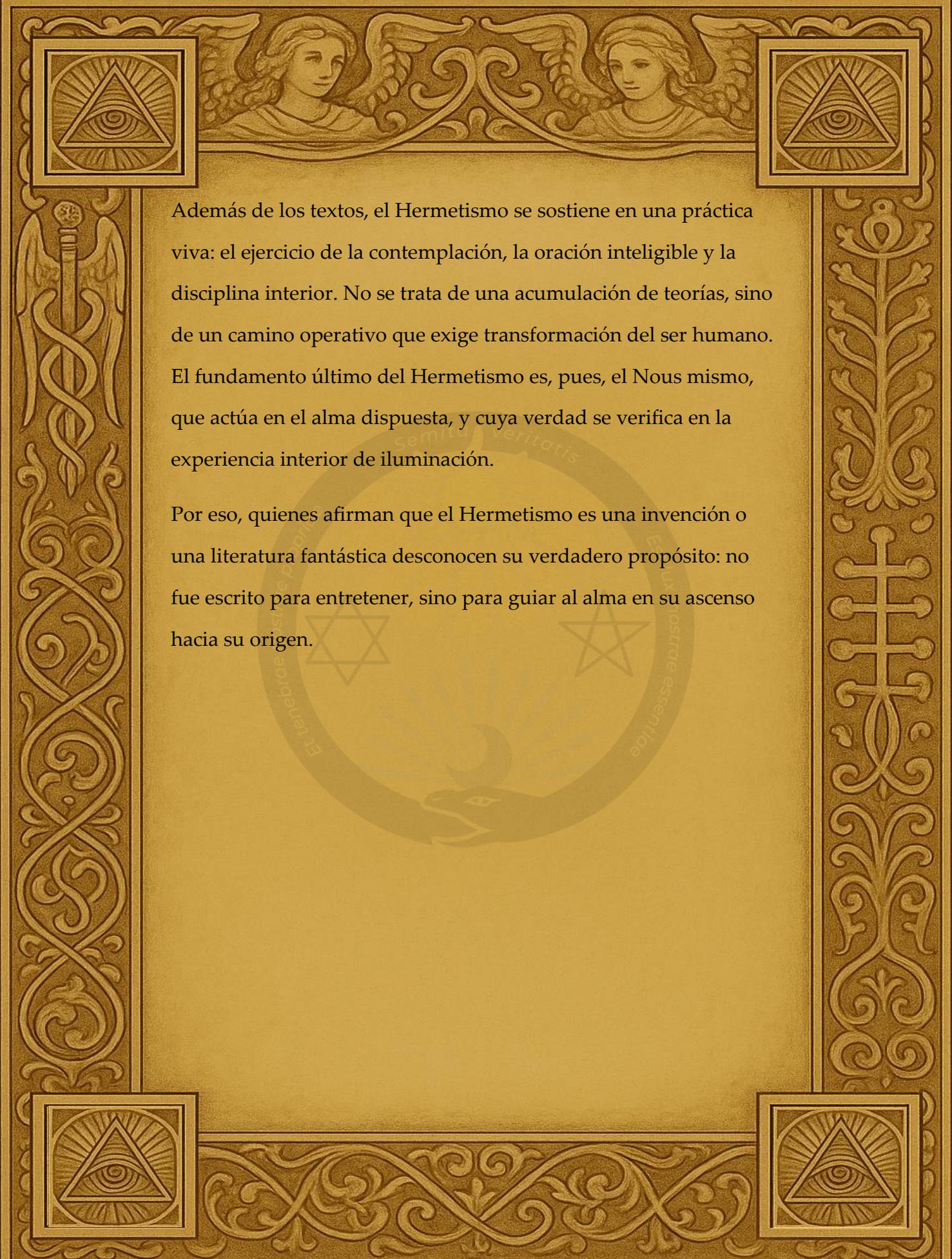


I. El fundamento del Hermetismo

El Hermetismo se sostiene, ante todo, en un cuerpo de escritos filosófico-sapienciales transmitidos desde los siglos II y III de nuestra era: el Corpus Hermeticum y el Asclepio. Estos textos no fueron escritos por “filósofos con demasiado tiempo libre”, como algunos suponen, sino por pensadores y místicos que participaron de la gran corriente del platonismo, de la tradición egipcia, de la espiritualidad griega y del lenguaje simbólico de su tiempo.

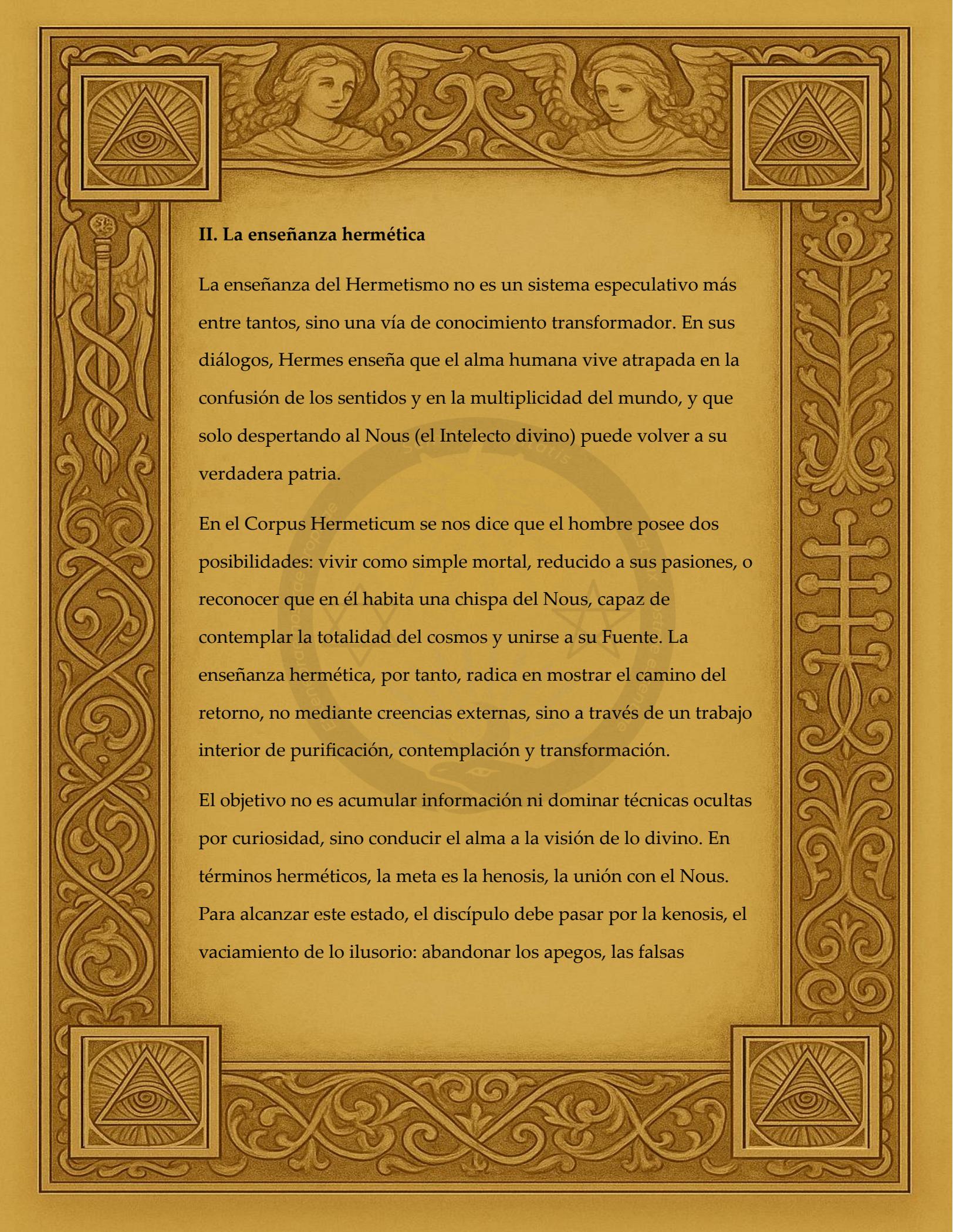
Su propósito no fue el entretenimiento ni la especulación estéril, sino la transmisión de una doctrina sapiencial: la afirmación de que existe un Nous divino, fuente del cosmos y de toda vida, que puede ser conocido por el alma humana cuando ésta se purifica de lo ilusorio y se orienta hacia lo eterno.

El Hermetismo, por tanto, se fundamenta en textos que nacen de la experiencia contemplativa y no en el ocio intelectual. Estos escritos son diálogos en los que el maestro Hermes Trismegisto (figura simbólica que concentra el saber de los sabios egipcios y griegos) instruye al discípulo, mostrándole cómo pasar de la ignorancia a la gnosis, de la confusión de los sentidos al conocimiento de lo divino.



Además de los textos, el Hermetismo se sostiene en una práctica viva: el ejercicio de la contemplación, la oración inteligible y la disciplina interior. No se trata de una acumulación de teorías, sino de un camino operativo que exige transformación del ser humano. El fundamento último del Hermetismo es, pues, el Nous mismo, que actúa en el alma dispuesta, y cuya verdad se verifica en la experiencia interior de iluminación.

Por eso, quienes afirman que el Hermetismo es una invención o una literatura fantástica desconocen su verdadero propósito: no fue escrito para entretener, sino para guiar al alma en su ascenso hacia su origen.

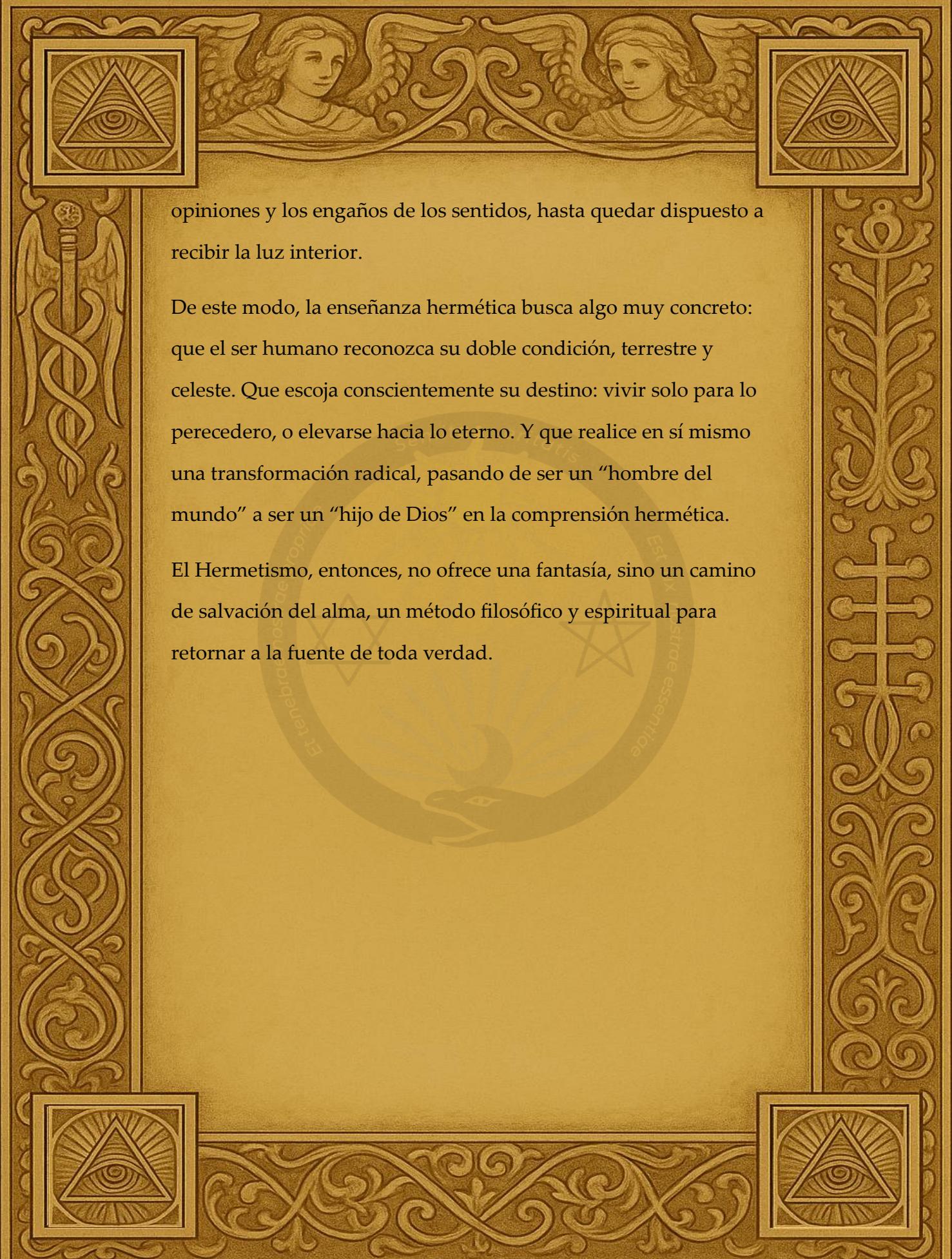


II. La enseñanza hermética

La enseñanza del Hermetismo no es un sistema especulativo más entre tantos, sino una vía de conocimiento transformador. En sus diálogos, Hermes enseña que el alma humana vive atrapada en la confusión de los sentidos y en la multiplicidad del mundo, y que solo despertando al Nous (el Intelecto divino) puede volver a su verdadera patria.

En el Corpus Hermeticum se nos dice que el hombre posee dos posibilidades: vivir como simple mortal, reducido a sus pasiones, o reconocer que en él habita una chispa del Nous, capaz de contemplar la totalidad del cosmos y unirse a su Fuente. La enseñanza hermética, por tanto, radica en mostrar el camino del retorno, no mediante creencias externas, sino a través de un trabajo interior de purificación, contemplación y transformación.

El objetivo no es acumular información ni dominar técnicas ocultas por curiosidad, sino conducir el alma a la visión de lo divino. En términos herméticos, la meta es la henosis, la unión con el Nous. Para alcanzar este estado, el discípulo debe pasar por la kenosis, el vaciamiento de lo ilusorio: abandonar los apegos, las falsas



opiniones y los engaños de los sentidos, hasta quedar dispuesto a recibir la luz interior.

De este modo, la enseñanza hermética busca algo muy concreto: que el ser humano reconozca su doble condición, terrestre y celeste. Que escoja conscientemente su destino: vivir solo para lo perecedero, o elevarse hacia lo eterno. Y que realice en sí mismo una transformación radical, pasando de ser un “hombre del mundo” a ser un “hijo de Dios” en la comprensión hermética.

El Hermetismo, entonces, no ofrece una fantasía, sino un camino de salvación del alma, un método filosófico y espiritual para retornar a la fuente de toda verdad.

III. La verdad velada en los textos herméticos

Quien se acerca por primera vez al Corpus Hermeticum o al Asclepio puede sentir que sus palabras son enigmáticas, incluso contradictorias. Algunos se preguntan: ¿por qué no hablar de modo claro y directo? La respuesta está en la naturaleza misma del saber que transmiten.

La verdad del Nous no puede ser entregada como una definición racional ni como una fórmula, porque no se trata de un objeto exterior que el intelecto analítico pueda diseccionar. Se trata de una experiencia viva del alma en contacto con lo divino. Los textos, por ello, recurren al símbolo, al diálogo y a la metáfora: son vehículos que despiertan en el lector una disposición interior, más que informaciones que puedan repetirse mecánicamente.

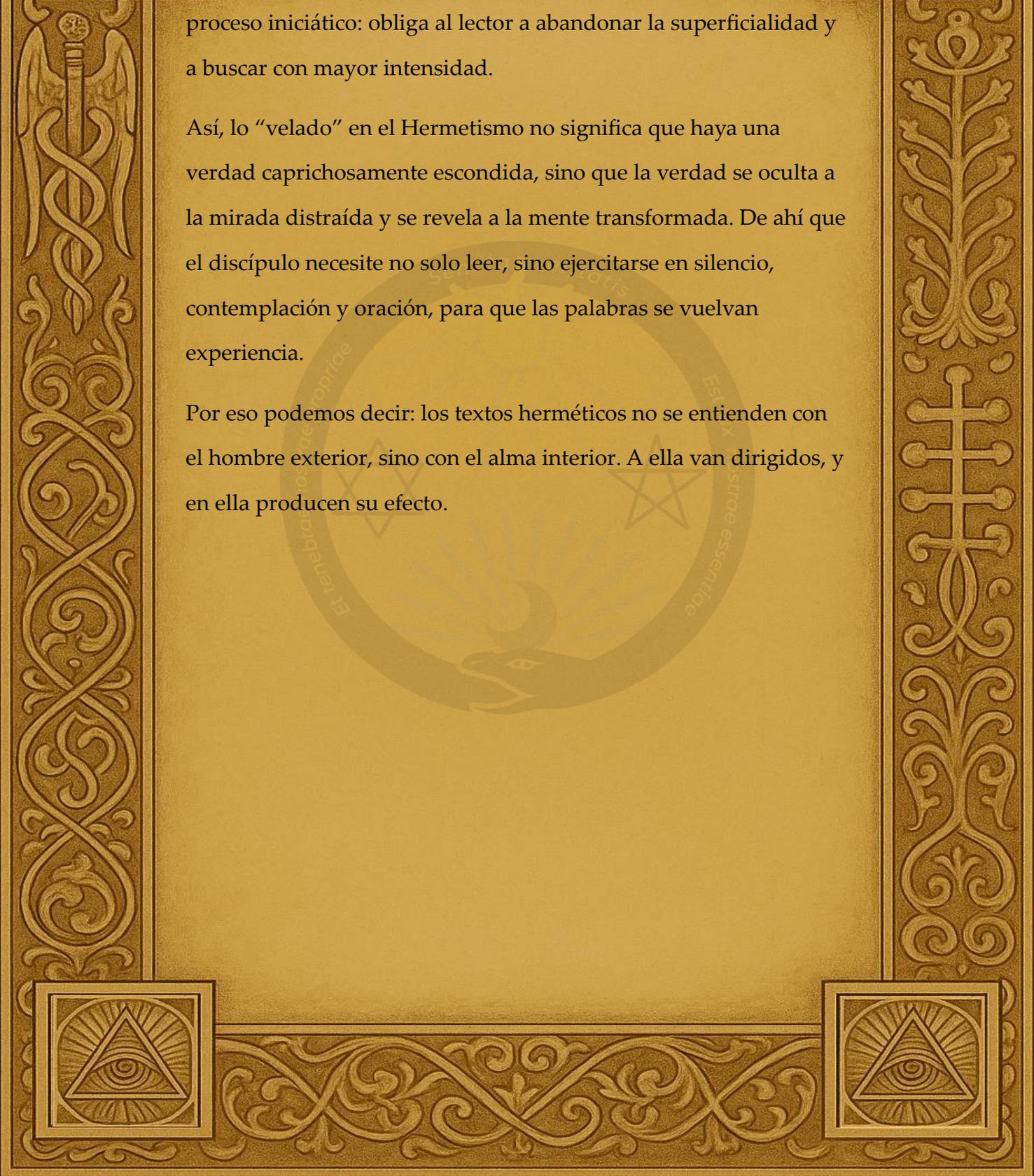
En varias ocasiones, Hermes advierte a sus discípulos que estas enseñanzas no deben ser divulgadas a cualquiera, porque no todos tienen el oído interior dispuesto. La verdad aparece entonces velada para protegerla de la incomprensión y del abuso, y también para invitar al buscador a una labor de interpretación, meditación y purificación personal. La misma dificultad del texto es parte del

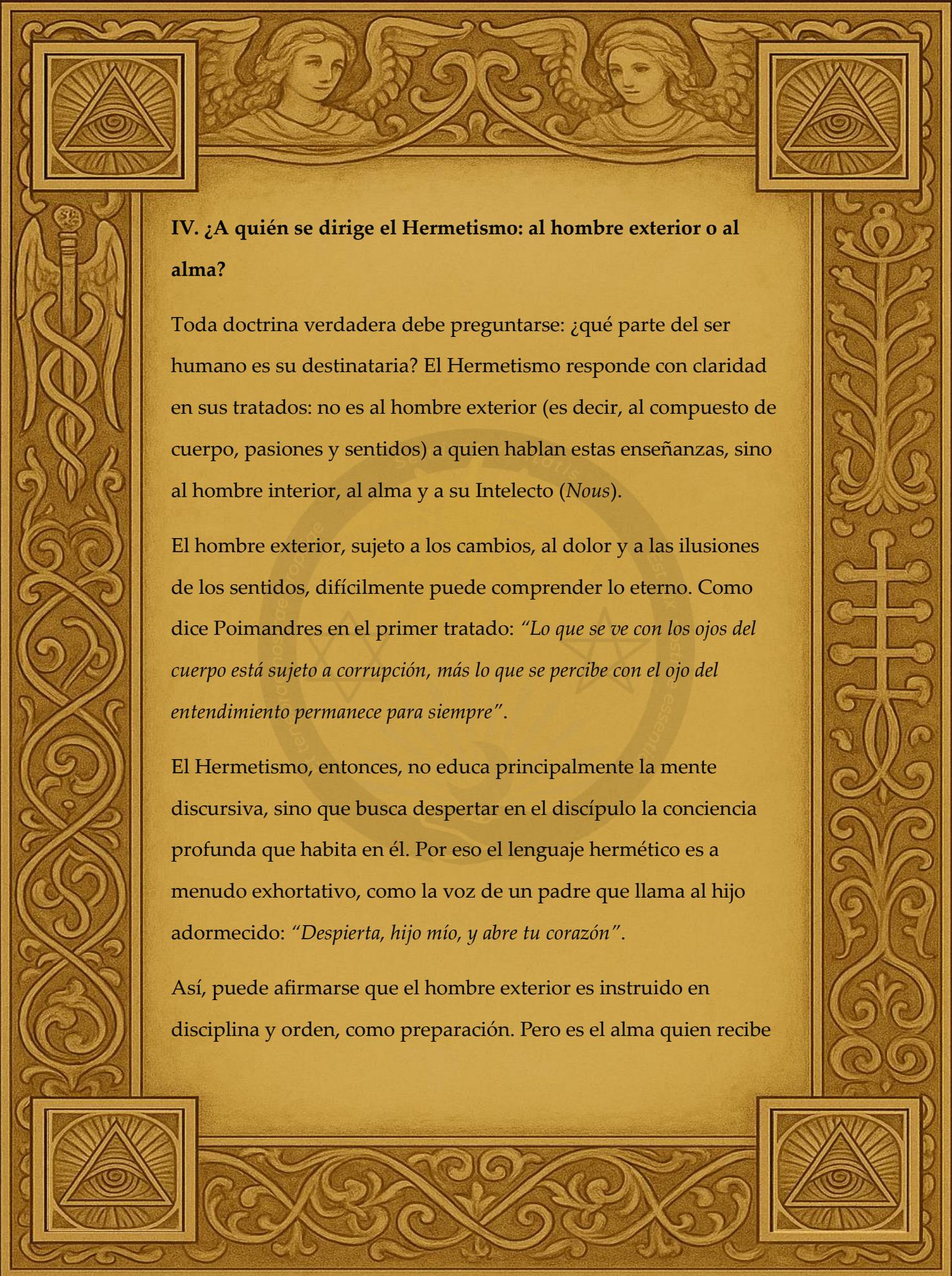


proceso iniciático: obliga al lector a abandonar la superficialidad y a buscar con mayor intensidad.

Así, lo “velado” en el Hermetismo no significa que haya una verdad caprichosamente escondida, sino que la verdad se oculta a la mirada distraída y se revela a la mente transformada. De ahí que el discípulo necesite no solo leer, sino ejercitarse en silencio, contemplación y oración, para que las palabras se vuelvan experiencia.

Por eso podemos decir: los textos herméticos no se entienden con el hombre exterior, sino con el alma interior. A ella van dirigidos, y en ella producen su efecto.





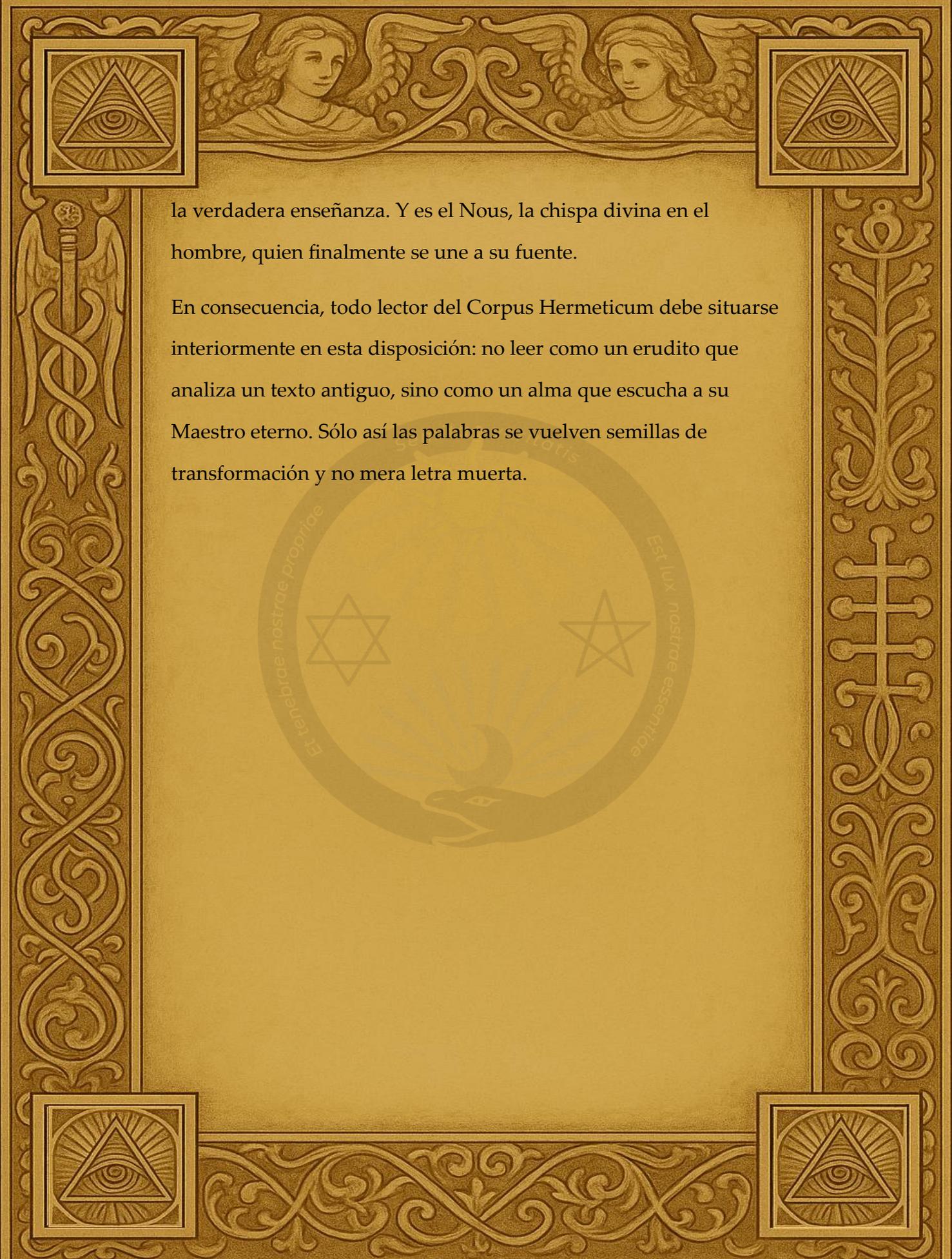
IV. ¿A quién se dirige el Hermetismo: al hombre exterior o al alma?

Toda doctrina verdadera debe preguntarse: ¿qué parte del ser humano es su destinataria? El Hermetismo responde con claridad en sus tratados: no es al hombre exterior (es decir, al compuesto de cuerpo, pasiones y sentidos) a quien hablan estas enseñanzas, sino al hombre interior, al alma y a su Intelecto (*Nous*).

El hombre exterior, sujeto a los cambios, al dolor y a las ilusiones de los sentidos, difícilmente puede comprender lo eterno. Como dice Poimandres en el primer tratado: *“Lo que se ve con los ojos del cuerpo está sujeto a corrupción, más lo que se percibe con el ojo del entendimiento permanece para siempre”*.

El Hermetismo, entonces, no educa principalmente la mente discursiva, sino que busca despertar en el discípulo la conciencia profunda que habita en él. Por eso el lenguaje hermético es a menudo exhortativo, como la voz de un padre que llama al hijo adormecido: *“Despierta, hijo mío, y abre tu corazón”*.

Así, puede afirmarse que el hombre exterior es instruido en disciplina y orden, como preparación. Pero es el alma quien recibe

The page is framed by a decorative border with intricate scrollwork. At the top, two winged figures (cherubs) are depicted. The corners feature square frames containing the Eye of Providence symbol. The left and right sides of the border contain vertical decorative elements, including a caduceus on the left and a stylized plant on the right. In the center, there is a large, faint circular emblem containing a six-pointed star, a five-pointed star, and a hand holding a staff, with the Latin text "Et tenebrae nostrae propriae" and "Est lux nostrae essentiae" around the perimeter.

la verdadera enseñanza. Y es el Nous, la chispa divina en el hombre, quien finalmente se une a su fuente.

En consecuencia, todo lector del Corpus Hermeticum debe situarse interiormente en esta disposición: no leer como un erudito que analiza un texto antiguo, sino como un alma que escucha a su Maestro eterno. Sólo así las palabras se vuelven semillas de transformación y no mera letra muerta.

V. El Corpus Hermeticum y la Biblia: diferencias esenciales

A menudo, quienes se acercan al Hermetismo desde una tradición cristiana o judía se preguntan si el Corpus Hermeticum puede equipararse a la Biblia. La comparación, sin embargo, es engañosa, porque ambos textos pertenecen a realidades distintas.

La Biblia es un conjunto de libros que constituyen la revelación histórica de un pueblo, Israel, y la memoria de su relación con la divinidad, prolongada en la tradición cristiana.

El Corpus Hermeticum, en cambio, es un conjunto de tratados sapienciales y filosóficos, sin carácter de historia nacional ni de narración de un pueblo, sino de enseñanza universal dirigida al alma humana en cuanto tal.

La Biblia se presenta como inspiración divina revelada a profetas y apóstoles, y suele apelar a la fe en la autoridad de la Escritura como Palabra de Dios.

El Corpus Hermeticum, en cambio, se propone como doctrina iniciática, en la cual la verdad no se impone desde fuera, sino que es reconocida interiormente por el discípulo al despertar de su Nous. No exige fe ciega, sino transformación y experiencia.



La Biblia narra la creación, la historia de un pueblo, su ley, su profetismo, y culmina en el mensaje del Evangelio.

El Corpus Hermeticum no narra la historia de un pueblo, sino que presenta diálogos y discursos donde la finalidad es revelar la naturaleza del cosmos, del hombre y de Dios, mostrando el camino de retorno del alma a lo divino.

La Biblia habla en clave histórica, jurídica y profética.

El Corpus Hermeticum habla en clave filosófico-mística, con un tono que oscila entre la enseñanza magistral y el discurso visionario.

Por ello, una orden hermética no debe presentar el Corpus como una “Biblia Hermética”, sino como un Cuerpo de Doctrina y Sabiduría. Es más cercano, en su función, a lo que en el cristianismo serían los Padres del Desierto o los textos místicos, que a la Biblia misma.

¿En qué radica la enseñanza hermética?

La enseñanza hermética no se presenta como un simple cuerpo de doctrinas teóricas, ni como una mitología fabricada para explicar lo





inexplicable. Su núcleo es una experiencia transformadora, que consiste en el despertar del alma hacia el Nous, el Intelecto divino.

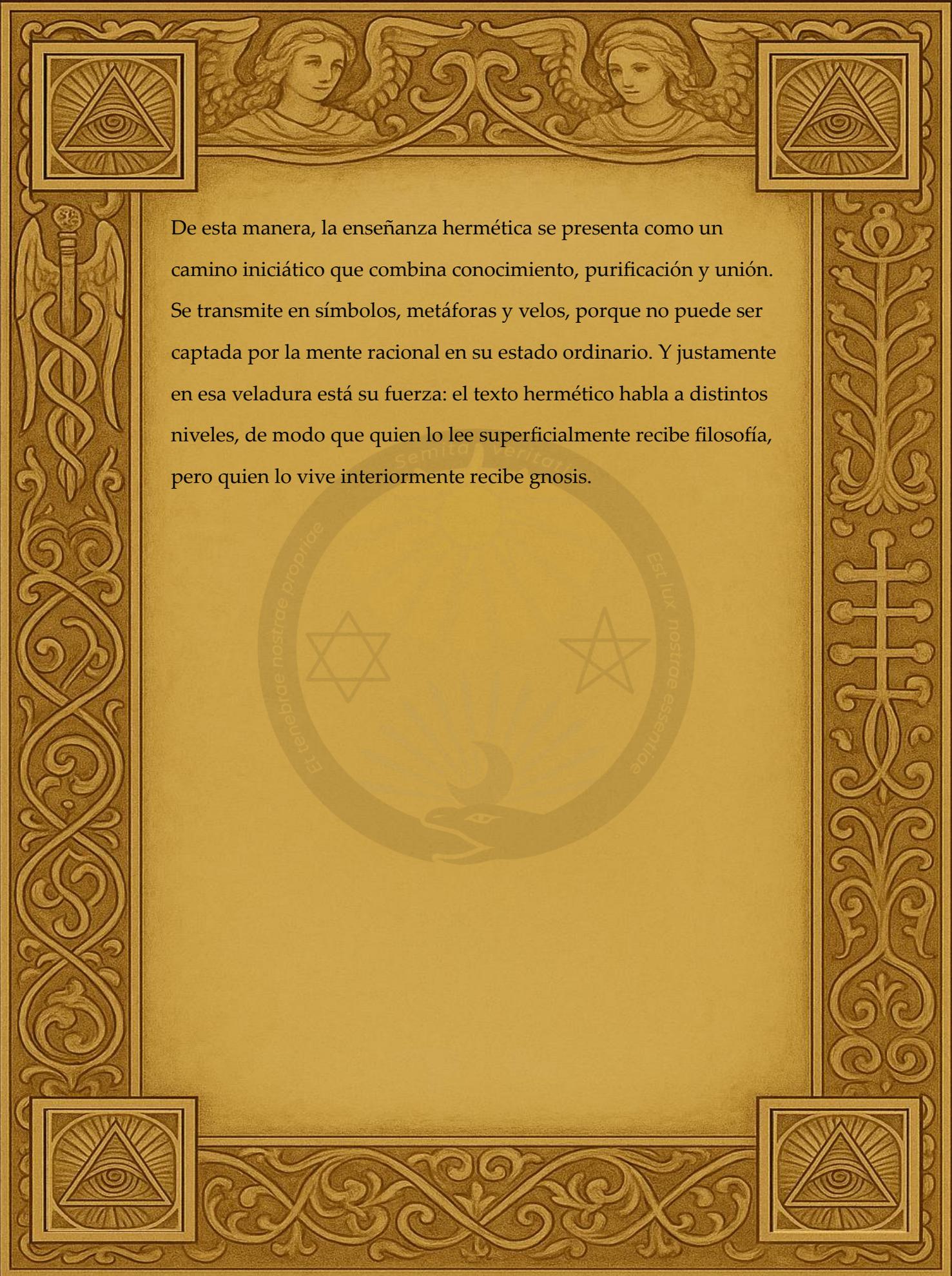
En los tratados herméticos, encontramos que Hermes siempre habla de dos cosas: la naturaleza de lo divino y el destino del hombre. Todo lo demás se ordena en torno a estas dos columnas. El universo visible es un espejo, una imagen velada que apunta hacia el orden invisible, y el hombre es el puente capaz de trascender lo sensible para retornar a la fuente.

Por eso, la enseñanza hermética no busca tanto instruir en teorías como en preparar el alma para la contemplación. El Corpus Hermeticum declara:

“Si no te haces igual a Dios, no podrás comprender a Dios; pues lo semejante es comprendido por lo semejante.” (Corpus Hermeticum XI).

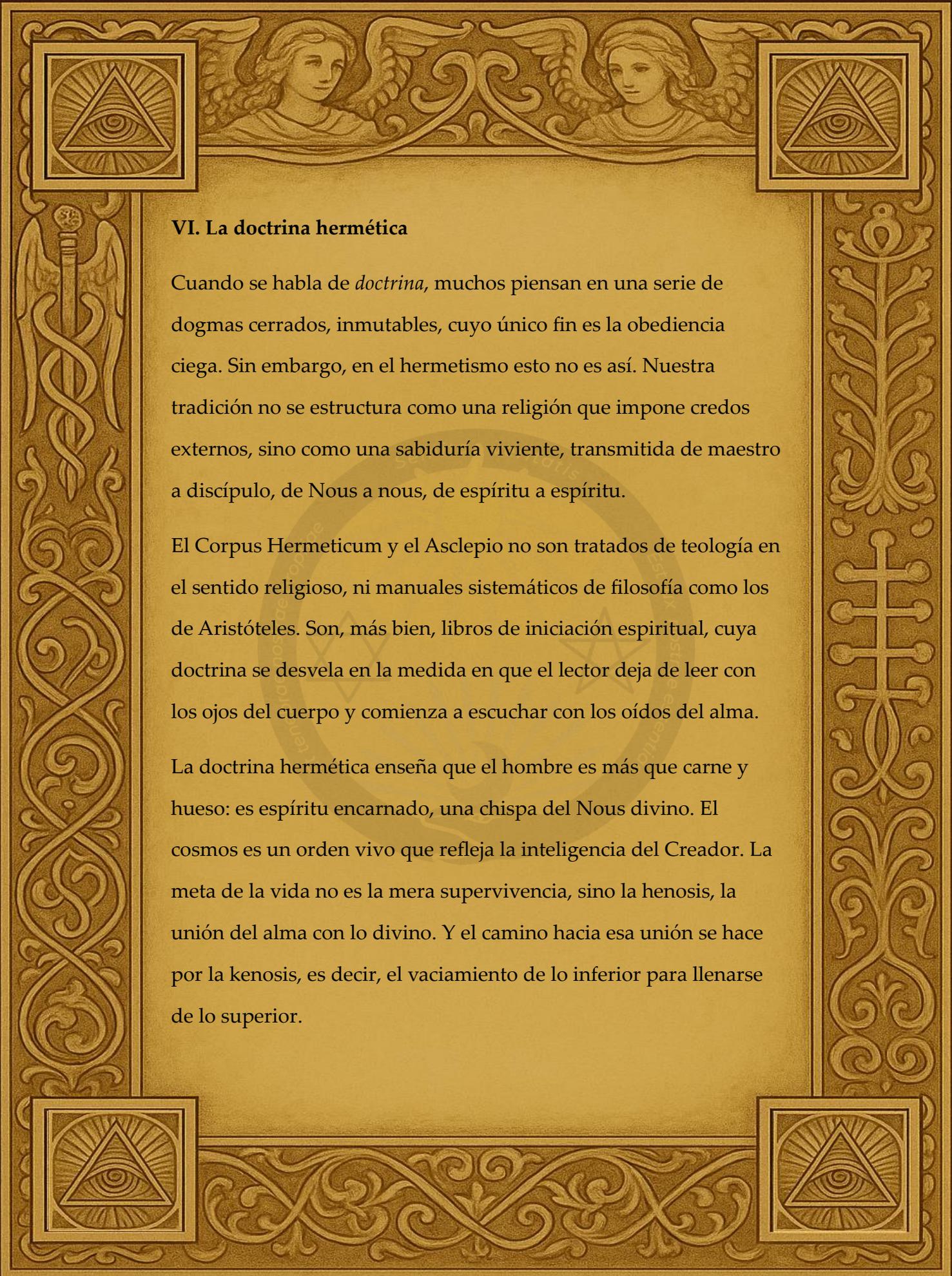
Aquí radica la médula: no basta el estudio, ni siquiera la fe pasiva; lo que Hermes transmite es una paideia espiritual, un adiestramiento del alma que se despoja de sus pasiones y falsos apegos para elevarse en contemplación.





De esta manera, la enseñanza hermética se presenta como un camino iniciático que combina conocimiento, purificación y unión. Se transmite en símbolos, metáforas y velos, porque no puede ser captada por la mente racional en su estado ordinario. Y justamente en esa veladura está su fuerza: el texto hermético habla a distintos niveles, de modo que quien lo lee superficialmente recibe filosofía, pero quien lo vive interiormente recibe gnosis.





VI. La doctrina hermética

Cuando se habla de *doctrina*, muchos piensan en una serie de dogmas cerrados, inmutables, cuyo único fin es la obediencia ciega. Sin embargo, en el hermetismo esto no es así. Nuestra tradición no se estructura como una religión que impone credos externos, sino como una sabiduría viviente, transmitida de maestro a discípulo, de Nous a nous, de espíritu a espíritu.

El Corpus Hermeticum y el Asclepio no son tratados de teología en el sentido religioso, ni manuales sistemáticos de filosofía como los de Aristóteles. Son, más bien, libros de iniciación espiritual, cuya doctrina se desvela en la medida en que el lector deja de leer con los ojos del cuerpo y comienza a escuchar con los oídos del alma.

La doctrina hermética enseña que el hombre es más que carne y hueso: es espíritu encarnado, una chispa del Nous divino. El cosmos es un orden vivo que refleja la inteligencia del Creador. La meta de la vida no es la mera supervivencia, sino la henosis, la unión del alma con lo divino. Y el camino hacia esa unión se hace por la kenosis, es decir, el vaciamiento de lo inferior para llenarse de lo superior.



Esta enseñanza no es un cúmulo de “fantasías filosóficas” ni una especulación de hombres con tiempo libre. Es experiencia espiritual condensada en símbolos, oraciones y visiones. Su carácter velado no responde a un deseo de ocultar arbitrariamente, sino a la naturaleza misma de la verdad: la luz no puede ser contemplada sin preparación, y el alma no puede asimilar lo eterno sin haber despertado en ella lo inmortal.

Por ello decimos que la doctrina hermética sí existe, pero como enseñanza viva: se renueva en cada generación de buscadores, se expresa en cada aspirante que logra abrirse al Nous, y se confirma en cada teúrgo que, en la praxis sagrada, verifica por experiencia lo que los textos enseñan en símbolos.

De aquí la importancia de una Orden Hermética Iniciática: no para imponer dogmas, sino para custodiar, transmitir y vivificar la enseñanza. El Corpus Hermeticum no es un libro muerto de biblioteca, sino un espejo del alma en proceso de divinización.

En contraste con la Biblia (que estructura la fe de comunidades religiosas) el Corpus Hermeticum no busca fundar iglesias, sino despertar conciencias. Su doctrina no está dirigida a regir pueblos



con leyes morales, sino a liberar el alma del individuo que busca la
verdad del Nous.





VII. El valor del *Corpus Hermeticum* para nuestra Orden

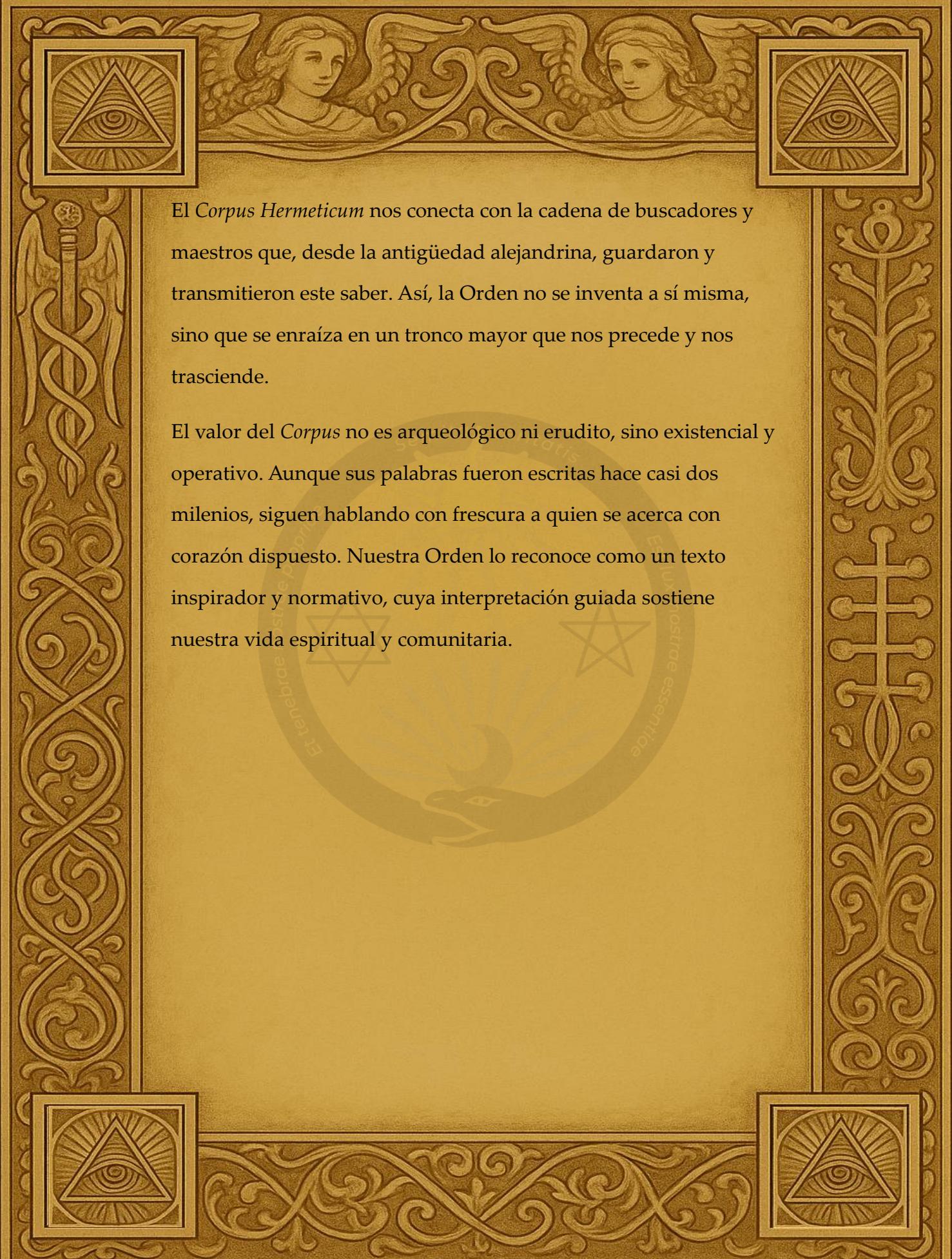
El *Corpus Hermeticum* constituye para nosotros algo más que un conjunto de antiguos escritos: es la fuente primigenia de nuestra doctrina y la columna vertebral de nuestra praxis espiritual. En él encontramos no sólo palabras de sabiduría, sino una transmisión viva que ha atravesado los siglos.

Su valor para nuestra Orden se manifiesta en varios niveles:

El *Corpus* establece los principios sobre los que edificamos nuestro camino: la existencia de un Dios Uno y trascendente, el Nous como mediador divino, la dignidad del hombre como imagen del Todo y su vocación a retornar mediante la contemplación y la purificación. Todo nuestro trabajo doctrinal (ya sea filosófico, litúrgico o teúrgico) se remite a estas verdades.

En los tratados herméticos se nos enseña a distinguir lo verdadero de lo ilusorio, lo eterno de lo perecedero. Esta enseñanza guía las oraciones, las meditaciones y los ejercicios contemplativos de nuestra Orden. Cada práctica que realizamos busca reproducir, en el alma del iniciado, el mismo itinerario descrito en los textos: kenosis (vaciamiento), purificación y henosis (unión).





El *Corpus Hermeticum* nos conecta con la cadena de buscadores y maestros que, desde la antigüedad alejandrina, guardaron y transmitieron este saber. Así, la Orden no se inventa a sí misma, sino que se enraíza en un tronco mayor que nos precede y nos trasciende.

El valor del *Corpus* no es arqueológico ni erudito, sino existencial y operativo. Aunque sus palabras fueron escritas hace casi dos milenios, siguen hablando con frescura a quien se acerca con corazón dispuesto. Nuestra Orden lo reconoce como un texto inspirador y normativo, cuya interpretación guiada sostiene nuestra vida espiritual y comunitaria.



VIII. El camino fuera de la Orden

El Hermetismo, en cuanto vía del *Nous*, no está encadenado a instituciones humanas. La chispa divina, inscrita en el alma desde su origen, puede despertar en cualquier hombre o mujer sin necesidad de maestros visibles, templos o ritos. Así ha sucedido en la historia: existen buscadores solitarios que, guiados por una intuición interna y la gracia de lo alto, han alcanzado comprensiones profundas sin haber transitado formalmente por el círculo de una Orden.

Pero al mismo tiempo, la enseñanza hermética nos recuerda que el hombre es frágil ante los velos de la ilusión, que la naturaleza sensible tiende a confundirnos y que el enemigo más sutil del alma es la propia ignorancia. De allí que la tradición haya preservado, desde sus orígenes, comunidades iniciáticas que funcionan como *koinonía*, comunión viva de estudio, práctica y guarda de los misterios.

El círculo hermético (cuando es auténtico y fiel a la doctrina) ofrece tres dones principales:





Acelera el trabajo, pues transmite de manera ordenada y probada lo que el discípulo por sí mismo tardaría años en intuir.

Ordena el camino, liberando al buscador de extravíos y falsas luces, protegiéndolo de su propio orgullo o de la dispersión de fuerzas.

Preserva la transmisión, garantizando que el saber no se diluya ni se pierda, sino que mantenga el pulso de lo sagrado a través de símbolos, oraciones y ritos que han sido consagrados en el tiempo.

Por eso decimos que el camino solitario es posible, pero la Orden representa la *comunidad del Nous*, el crisol donde se pule la piedra bruta y se encamina con certeza hacia la *henosis*. Caminar solo es como encender una antorcha en medio de la noche; caminar en el círculo es como avanzar con una llama que se alimenta de muchas llamas, iluminando más ampliamente el sendero.





IX. Valor actual del Hermetismo – Qué aporta al buscador de hoy

El Hermetismo, aun siendo antiquísimo, no pertenece al pasado. Es una fuente viva que se renueva en cada generación, pues responde a lo eterno del alma humana. En un tiempo como el nuestro, marcado por la dispersión, la confusión espiritual y la mercantilización de lo sagrado, la doctrina hermética ofrece una brújula precisa y sobria.

Lo que el buscador encuentra en el Hermetismo no es un cúmulo de dogmas, ni un repertorio de supersticiones, sino una ciencia del espíritu que enseña a mirar con claridad tanto la naturaleza sensible como la invisible. Sus textos (el *Corpus Hermeticum*, el *Asclepio*) no son simples reliquias, sino espejos que devuelven a la conciencia una visión ordenada del cosmos, del hombre y de Dios.

En lo práctico, el Hermetismo aporta al buscador de hoy al menos cuatro bienes esenciales:

Un centro: en medio de un mundo fragmentado, el Hermetismo ofrece una visión unitaria de lo real, donde todo encuentra su lugar y sentido bajo la inteligencia divina (*Nous*).





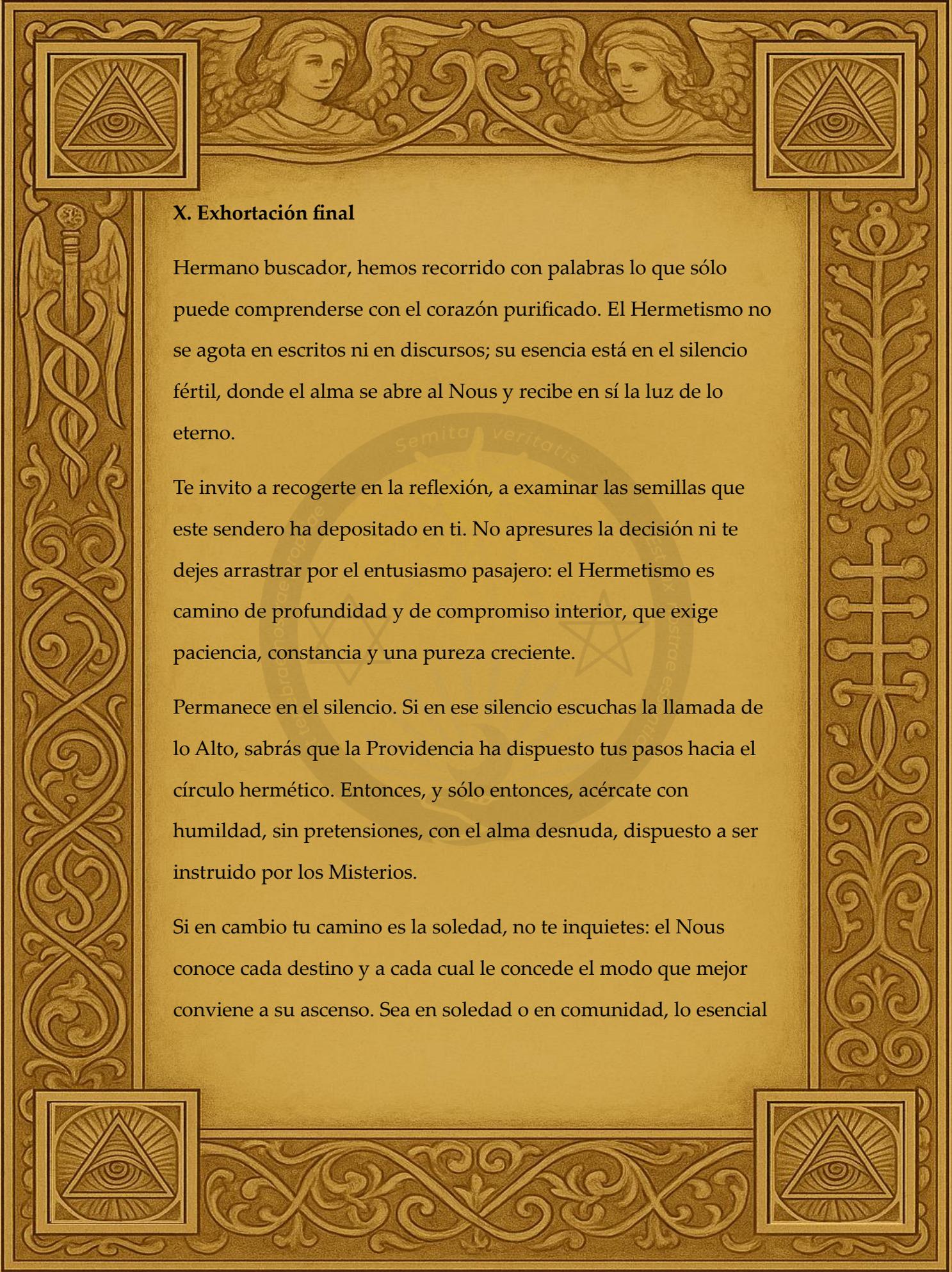
Un método: no basta con creer o sentir; la tradición enseña disciplinas de contemplación, purificación y oración que guían la transformación del alma paso a paso.

Un criterio: frente a la avalancha de doctrinas modernas y espiritualidades superficiales, el Hermetismo provee un marco sólido, capaz de discernir entre lo verdadero y lo ilusorio.

Una esperanza activa: no un consuelo pasivo, sino la certeza de que el hombre puede regenerarse aquí y ahora, participando del Nous divino y despertando su naturaleza inmortal.

Así, el Hermetismo no es un lujo intelectual ni un adorno esotérico, sino una medicina del alma. En él, el buscador contemporáneo halla una vía para atravesar las sombras de su tiempo y orientar sus pasos hacia lo eterno.





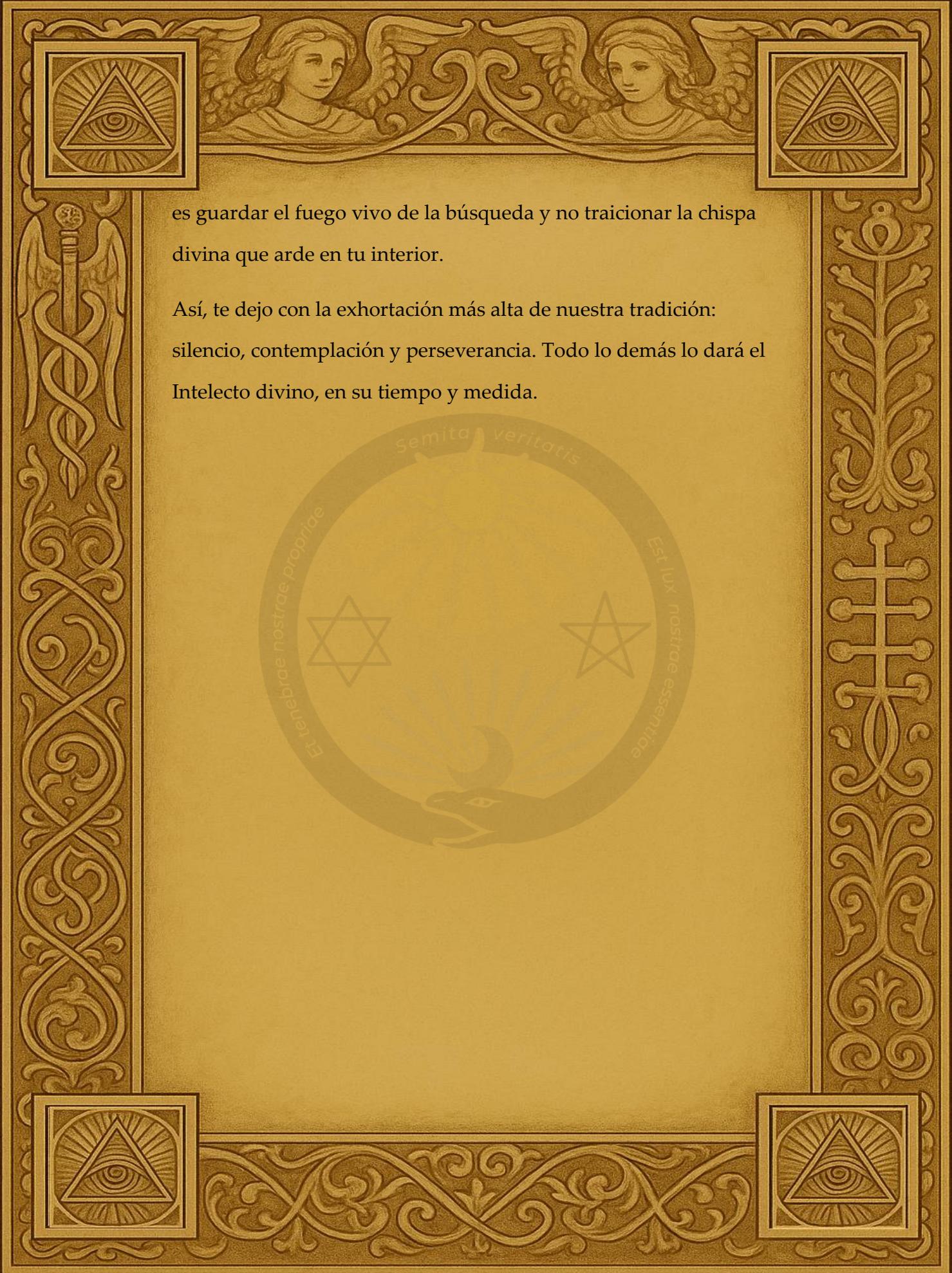
X. Exhortación final

Hermano buscador, hemos recorrido con palabras lo que sólo puede comprenderse con el corazón purificado. El Hermetismo no se agota en escritos ni en discursos; su esencia está en el silencio fértil, donde el alma se abre al Nous y recibe en sí la luz de lo eterno.

Te invito a recogerte en la reflexión, a examinar las semillas que este sendero ha depositado en ti. No apresures la decisión ni te dejes arrastrar por el entusiasmo pasajero: el Hermetismo es camino de profundidad y de compromiso interior, que exige paciencia, constancia y una pureza creciente.

Permanece en el silencio. Si en ese silencio escuchas la llamada de lo Alto, sabrás que la Providencia ha dispuesto tus pasos hacia el círculo hermético. Entonces, y sólo entonces, acércate con humildad, sin pretensiones, con el alma desnuda, dispuesto a ser instruido por los Misterios.

Si en cambio tu camino es la soledad, no te inquietes: el Nous conoce cada destino y a cada cual le concede el modo que mejor conviene a su ascenso. Sea en soledad o en comunidad, lo esencial



es guardar el fuego vivo de la búsqueda y no traicionar la chispa divina que arde en tu interior.

Así, te dejo con la exhortación más alta de nuestra tradición: silencio, contemplación y perseverancia. Todo lo demás lo dará el Intelecto divino, en su tiempo y medida.

